

EN EL SALVADOR NO ES SOLO UN ASUNTO DE PANDILLAS

Efraín Alzate Salazar

“Los intelectuales no pueden dejar de saludar al sol antes de que nazca el día, pero tampoco pueden evitar advertir que muchas nubes pueden nublar el cielo antes de que caiga la noche e impedir que se disfrute la claridad del día”. Boaventura de Sousa Santos. El silencio de los intelectuales

Ante el silencio que se percibe de parte de muchos intelectuales de América Latina y del mundo frente a la barbarie en que ha sometido a El Salvador el gobierno del excéntrico Nayib Bukele, trataré de proponer unas ideas para el debate, con el ánimo de mostrar otras lecturas con respecto a lo que sucede en este país geográficamente pequeño pero de enormes complejidades sociopolíticas. Los gobernantes que usan el miedo y el terror, por lo general tienen un momento de ascenso en mentidas encuestas, pero a la hora de caer su estruendo es tan tenebroso que se escucha en las cuatro esquinas del mundo.

Lo que allí se está viviendo tiene orígenes históricos al igual que muchos países de América Latina, sin embargo la manera como el señor Bukele quiere pasar a la historia posando como el defensor de la democracia al buscar encarcelar a los jóvenes salvadoreños y humillarlos desde el vejamen público mostrándolos como la inmundicia social no puede pasar desapercibido. La gran prensa del capitalismo mundial y los millonarios de este país están felices, porque el presupuesto de salud y educación se dedicará al exterminio de la juventud, ya sea en las cárceles o el asesinato selectivo como viene sucediendo, ignorando de paso las causas que llevaron a este desborde social.

Lo más grave en este caso es la siniestra culpa que tienen los gobiernos norteamericanos de los últimos 20 años, con las políticas anti migratorias, al expulsar de Estados Unidos a miles de jóvenes incluidos los nacidos allí. De regreso a su país, los niños, jóvenes y adultos son extranjeros en su propia patria, y el camino más cercano a seguir es el de la sobrevivencia y para ello se aplica una dolorosa lógica: “apuntad las armas ante la sociedad indiferente y así ni su indiferencia les permitirá vivir tranquilos”

Por mi formación política y afinidad con la defensa de los Derechos Humanos, las imágenes que muestra Bukele con miles de jóvenes encadenados y humillados, a partir de un régimen de terror con detenciones arbitrarias y sin debido proceso, trataré de dejar unas ideas al menos para que no guardemos silencio frente a la infamia. El Salvador también es Latinoamérica y los gobiernos fascistas tienen sus días contados.

He seleccionado apartes de una lectura que hace análisis a la situación de los jóvenes en El Salvador: *Fenomenología de la violencia del siglo xxi en el salvador: la juventud sin lugar*, a mi modo de ver es una lectura que nos invita a pensar más allá de las narrativas emocionales de Bukele y su séquito de seguidores que consideran que el joven sin oportunidades solo tiene el camino del destierro, la prisión o la muerte.

Las revistas y periódicos de todo el mundo le dan la pantalla y la voz a Bukele y no por su capacidad de buscar salidas para que el país que de la posguerra entre Ejércitos de izquierda y de derecha pasó a ser el país que corre el peligro de exterminar a sus jóvenes. Un país de prisioneros en pleno Siglo XXI es la muestra de la demencia de muchos que llegan al poder y se pierden en la maraña de sus vanidades, y a lo mejor esas cárceles que construyeron serán el lugar que pronto les acogerá. Bukele en el Salvador y Boluarte en Perú no están lejos de esto. Hasta acá: Efraín Alzate S .

LA VIOLENCIA EN EL SALVADOR Y EL MAGMA DE LA VIOLENCIA GLOBAL: Las narrativas del puñado de jóvenes entrevistados en la ciudad de San Salvador, sumado a las de jóvenes que osan transitar el territorio mexicano para llegar a los Estados Unidos, y jóvenes, hombres y mujeres, que intentan por vías legales, salir a trabajar o estudiar a otros países, particularmente México, encierran el sentido de su *disolución* y su forzamiento a vivir en condiciones de precariedad extrema, y a un vivir en vilo, como “modo de vida”. En las palabras y percepciones, tan simples y sinceras, sobre las dificultades para existir, se registra ausencia de poder, o de querer tener poder para socavar el miedo, y sus ambigüedades, que se va internalizando en el modo de ser en sí mismo.

Sin embargo, “¡No podemos quedarnos de brazos cruzados!” es una expresión que se despliega en una multiplicidad de acciones y prácticas que hacen posible que la vida de los jóvenes en El Salvador siga su curso o este sea irrumpido por decisiones temerarias, como asistir a una “discoteca, o emprender el “vuelo incierto” hacia lugares desconocidos o imaginados; los que se quedan, reconocen y saben de los límites y de las posibilidades para adentrarse en un sistema dislocado, que se pierde a sí mismo, como si intuyeran que la “desformalización del Estado” es también, como señala Barcellona, “la deformación de la ley-norma”.

Este conversatorio con jóvenes estudiantes, que muestra el rostro más blando de la violencia en El Salvador, permite establecer una reflexión sobre los significados de la crisis funcional tradicionalmente adscritas a las figuras del Estado, la sociedad y el sujeto. La primera sugiere la idea de que *desafección* de los jóvenes a las figuras del Estado y del Gobierno está ampliamente legitimada: para ambas figuras, los “jóvenes” no existen en su positividad, en respuesta, para estos, ambas figuras tampoco existen, salvo para “joderlos”. La primera ley sobre juventud se creó en 2011 y se aprobó en 2013, casi dos décadas después de las primeras deportaciones de los jóvenes definidos “pandilleros” por las autoridades migratorias y de seguridad de Estados Unidos. No obstante, sin dejar de reconocer su importancia devenida en políticas públicas sectoriales, para los jóvenes no es ninguna herramienta que les permita solventar sus problemas concretos más básicos, como formalmente sostienen.

La segunda, la lectura de los jóvenes sobre su sociedad, es una lectura fragmentada, pero *en oposición* a la lectura del Estado. El ejemplo más fiel de ello es la percepción sobre el mundo de las pandillas en su entorno inmediato, en abierto contraste con la figura del militar o del político. El modo de significar a las pandillas que es una violencia simbólica y discursiva por parte del poder institucional y mediático no es convincente ni creíble para los jóvenes no pandilleros.

La tercera reflexión, es sobre el *modo de vida* que construyen. Asombra ese pragmatismo, en el que, si bien media el sentido de vulnerabilidad y riesgo, aprenden el significado de vivir en la colonia, en el barrio y en la ciudad y desarrollan dispositivos de negociación y dislocación para desestructurar lo dado, sean estas las reglas de las pandillas o de las autoridades portadoras de inseguridad.

Sobre lo que se sabe y se dice del fenómeno de las pandillas, abruma y pesa su adjetivación “juveniles”, que tiene detrás toda una carga de acusaciones que pareciera definir toda la violencia de un país, negándose la fuerza de esa violencia de la globalización “negativa”, para sostener el estigma de ser, como todo el Sur, portador de una “cultura de violencia” -el comunista ayer, el pandillero hoy-. Lo nuevo, cabe decirlo, no solo son las representaciones y montajes mediáticos, que deshistorizan y particularizan la violencia, sino también la horizontalidad de todo antagonismo y conflicto, que posibilita situar la violencia en el terreno de lo social, afianzando con ello el llamado “Estado policial” y sus dispositivos securitarios.

Se ha registrado estudios que reconstruyen la historicidad del pandillerismo salvadoreño, y centroamericano, cuyo origen en el país receptor fue la diseminación una violencia de exclusión y racismo, afianzada en “redes imaginarias del poder” que hacen de los *otros* los enemigos de la normalidad democrática (Bartra 13). El retorno a la tierra de origen no significó el trastocamiento del estigma que justificó su deportación; al contrario, este se adosó con los mismos vectores del discurso mediático y político que legitimó la expulsión y, con ello, el modo de significar a las pandillas. Los reverses han sido inevitables: el gobierno estadounidense deporta, expulsa, pero el gobierno salvadoreño no puede repetir la misma acción, son nacionales suyos y debe gobernarlos con los sustentos del Estado Constitucional de Derecho (Cruz). Deformar los hechos no es una cuestión menor, el mismo Banco Mundial registre que en la región centroamericana el obstáculo más importante son los datos reales, la falta de estadísticas confiables, aunque estos, en manos del poder sirvan solo para sostener, como indica Han la sentencia de que “esto es así y punto”.

Este modo de significar tramposamente la violencia de los jóvenes, particularmente los adscritos a las pandillas, tiene detrás de sí, la tensión entre una democracia política y social prometida en los Acuerdos de Paz de 1992, y una democracia liberal representativa, la cual se atribuye ser el “modelo de civilización”, pero que los excluye con un sentido deliberado, en tanto el “vínculo orgánico” entre desigualdad estructural y radical, y democracia, es “la regla del consenso” (Badiou). Regla, que como indica (Maresca) , se traduce, en el corto plazo, en un proceso de “recolonización”, y a largo plazo, en una estrategia global de “gobierno de la economía mundializada”, “antagónica a los de un gobierno público de la economía”. En su despliegue esta regla, bajo el nodo de la categoría de “expulsión”, proyecta condiciones planetarias, se traduce en la destrucción misma de los Estados y de las sociedades periféricas. Paradójicamente, los Estados locales no solo legitiman y alientan el poder tecnocrático en aras de los fines de competitividad global, sino también, con sentido imperativo, delegan porciones importantes de soberanía a organismos supranacionales, incluyendo el de la seguridad nacional con impactos violatorios en los derechos humanos y fundamentales de su población (Maresca 94).

Dos reflexiones conclusivas: Pensar la violencia del siglo XXI en los grupos etarios más vulnerables, en ellos los jóvenes, es un desafío cuyo éxito está de antemano negado. Priva en su lectura hegemónica un modo de significarla en la que está ausente la misma posibilidad de construir instituciones políticas y legales con el sentido de oposición a la violencia y el sentido de muerte que entrafna. La globalización, en tanto “agenda hegemónica” sin cobertura legal, induce a imaginar y vivir la *violencia*, y las violencias que engendra, con un sentido de inevitabilidad, pues tiene de suyo acontecimientos productores de inhumanidad que, si bien superan las catástrofes del siglo XX, abrevan del mismo sustrato de la modernización. La violencia es así, inextinguible, aunque cambie de forma, y pretenda hoy tornarse anónima.

Las pandillas juveniles existen, junto con estas se institucionalizan las prácticas delictivas y se carteliza el mismo mundo cotidiano, configurando el qué se puede hacer y el qué no hacer, incluyendo la prohibición o no de una estética corporal llevada a sus límites tras el borramiento de lo instituido (INCIDE). La cultura de la muerte, o más bien el instinto por la existencia vital, que evoca esa violencia de la exclusión es una construcción de la que son responsables todos los actores de la sociedad y ninguno se libra de sus efectos, menos alcanzar la paz tras decretar su inevitabilidad. ¿Qué son los jóvenes para la sociedad y las instituciones salvadoreñas? Es una pregunta que todavía espera su respuesta, la esperan los jóvenes, los adolescentes y los niños, quienes pasan, solos o acompañados, a engrosar la lista de los solicitantes de asilo (ACNUR). En El Salvador, o en cualquier otro país del sur, los jóvenes constituyen la clase marginal del mundo globalizado, una categoría liminar extrema que en palabras de Bauman:

Muestra el horrendo páramo adonde conduce el territorio de la exclusión una vez que se ha ingresado en él: un páramo más allá del cual solo puede haber un vacío, un agujero negro y sin fondo. La clase marginal es el vivo retrato de la nada a la cual un ser humano puede descender, caer o ser empujado; y el infortunio que sufre la clase marginal parece irreversible e irreparable más allá de toda esperanza, hasta un punto sin retorno: una vez allí, no hay camino de regreso, porque no hay retorno desde el Hades; una sola mirada nos enviará otra vez a esa oscuridad intangible, como aprendieron Orfeo y Eurídice de la peor manera: trágica (Bauman 206).

Cabe preguntarse si esta clase marginal suspendida “en un vacío espacial en el que el tiempo se ha detenido”, que no “están ni instalados ni desplazados”, que no son ni sedentarios ni nómadas, son realmente los victimarios del mundo de las libertades de la globalización. (García, 2018)

Tomado de:

García, A. M. (2018). LA VIOLENCIA EN EL SALVADOR Y EL MAGMA DE LA VIOLENCIA GLOBAL. *Anuario de Estudios Centroamericanos, Universidad de Costa Rica*, 4, 342 a 36.

Bibliografía parcial.

Barcellona, Pietro. “La teoría de sistemas y el paradigma de la sociedad moderna”. *Mutaciones de Leviatán. Legitimación de los nuevos modelos penales*. Coord. Guillermo Portilla Contreras. España: Universidad Internacional de Andalucía/Akal, 2005. 11-85.

Bartra, Roger. *Territorios del terror y la otredad*. México: Fondo de Cultura Económica, 2013.

Bauman, Zygmunt. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. España: Paidós, 2005

Cruz, José Miguel, Jonathan D. , Rosen Luis E. Anayay Yulia Voroyeva. *La nueva cara de las pandillas en El Salvador*. EE. UU.: Florida International University, 2017. Recuperado de https://lacc.fiu.edu/research/la-nueva-cara-de-las-pandillas_reporte-final_esp.pdf

Badiou, Alain. *De un desastre oscuro. Sobre el fin de la vedad del Estado*. Argentina: Amorrortu, 2016.

Maresca , Mariano. “Antes de Leviatán. Las formas políticas y la vida social, en la crisis del imperio de la ley”. *Mutaciones de Leviatán. Legitimación de los nuevos modelos penales* . España: Universidad Internacional de Andalucía/Akal, 2005. 87-118.